



Las extrañas criaturas del tren de los recuerdos

«¡Qué pobre memoria es aquella que solo funciona hacia atrás!»
LEWIS CARROLL, *Alicia a través del espejo*

Antes pensaba que era mejor dejar atrás los recuerdos, como si fueran bolsas congeladas de tiempo que se pueden visitar en busca de un valor sentimental, pero más por placer que por necesidad. Eso fue antes de darme cuenta de que los recuerdos pueden ser la clave para seguir adelante, para recuperar el destino y el futuro de todo lo que amas y aprecias en el mundo.

Me encuentro en el exterior de la puerta roja brillante de una habitación privada del tren de los recuerdos. *Thomas Gardner* está grabado en la placa desmontable del soporte.

—Una formalidad innecesaria ya que está aquí en carne y hueso —dijo el conductor, un escarabajo alfombrado casi de mi tamaño, cuando solicité la placa. Le lancé una mirada de enfado e insistí en que hiciera lo que le pedía.

Ahora, mientras aprieto la frente contra la placa dejando que el metal enfríe mi piel, pienso en el nombre de papá, en que significa más de lo que jamás había imaginado... en que *él mismo* es más de lo que jamás podría haber soñado.

Estuve a punto de seguirlo a la habitación cuando llegamos. Se puso a temblar antes de que aterrizáramos en Londres.

¿Quién no lo reaccionaría así después de encogerse hasta el tamaño de un insecto y volar a través del océano a lomos de una mariposa monarca? Todavía puedo saborear los restos del aire salado. Al alba, cuando papá empezó a aceptar que realmente montábamos en mariposas, nos deslizamos por un agujero de la fundación del gran puente de hierro y aterrizamos junto a un tren de juguete oxidado, situado en un túnel subterráneo. Papá abrió tanto los ojos cuando se dio cuenta de que éramos lo bastante pequeños para entrar en el tren que pensé que se le iban a salir de las órbitas.

Quería protegerle, pero no es débil. No lo iba a tratar como si lo fuera nunca más.

Tenía la edad de Alicia cuando vagaba por el País de las Maravillas, lo atrapó un guarda arácnido de cementerio y aun así sobrevivió. Mejor que se enfrente a ese recuerdo a solas.

Tuve que perder la cabeza para ganar perspectiva. Si eso es lo que necesita papá, que así sea.

Me tiembla el dedo cuando recorro las letras *T-h-o-m-a-s*. Papá iba a averiguar hoy su verdadero nombre, no el que le puso mamá. Todas las revelaciones, todas las monstruosidades que vivió cuando era un niño, esas experiencias nos guiarán a CualquierOtroLugar, el mundo del espejo donde se destierran a los exiliados del País de las Maravillas. Hay una cúpula de hierro que lo rodea, mantiene a los prisioneros, los convierte en criaturas grotescas y evita que puedan utilizar su magia mientras están allí. Una facción especial de caballeros vigila las dos puertas de CualquierOtroLugar.

Mis dos chicos, Jeb y Morfeo, están atrapados allí. Ha pasado un mes desde que se los tragaron y quiero pensar que todavía están vivos.

Tengo que hacerlo.

Además, está mamá, que es rehén de la misma maliciosa criatura arácnida que en el pasado mantuvo a papá esclavo en su telaraña, abandonada en un País de las Maravillas hecho pedazos. La madriguera del conejo, el portal que lleva al reino de las profundidades, ha sido destruida gracias a mí. Ahora, CualquierOtroLugar es la única forma de entrar.

Estamos en una misión de rescate y los recuerdos de papá son la clave de todo.

Arrastro los pies enlodados por el suelo de baldosas rojas y negras y me dirijo hacia la parte frontal del vagón de pasajeros. Me duelen los músculos porque he cabalgado sobre la mariposa monarca durante treinta y seis horas. Habríamos tardado mucho más tiempo si no nos hubiera atrapado la tormenta, elevándonos varias decenas de metros en el aire, gracias a lo cual cubrimos cientos de kilómetros en unos pocos minutos (un viaje de locos que ni mi padre ni yo olvidaremos pronto).

El cabello cae sobre mis hombros en una maraña salvaje de color rubio platino, lacio y sin vida debido a la lluvia. Encaja con la forma en la que me siento por dentro: caótica, exhausta. La parte de las profundidades de mi corazón aumenta para liberarse de las emociones humanas que la rodean. No habrá descanso hasta que encuentre a mis seres queridos y arregle las cosas en el País de las Maravillas.

Incluso entonces, sé que ninguno de nosotros volveremos a ser los mismos.

Media docena de criaturas extrañas ocupan los asientos de vinilo blanco. No esperan su turno para reunirse con los recuerdos perdidos, sino que también están varados. Como la madriguera del conejo ha desaparecido, no hay forma de volver al País de las Maravillas, su hogar.

Una criatura es un pálido humanoide con la cabeza en forma de cono cuyo cráneo se abre de forma esporádica. Una versión más pequeña de sí misma puede discutir con ella antes de que el cráneo de la réplica más pequeña se abra para revelar otra versión todavía más pequeña. Es un macho con una nariz grande que da golpes a sus homólogas hembras con un pequeño rodillo antes de volver a desaparecer. Es como ver una versión de pesadilla de las muñecas rusas de Punch y Judy, un espectáculo de marionetas *vintage* que estudié en teatro en la escuela.

Otros dos pasajeros son duendes y me pregunto si eran parte del grupo que conocí el año pasado en el cementerio del País de las Maravillas. Parecen diferentes sin las gorras de minero: calvos y con cabezas escamosas con mechones de cabello plateado. Al hacer turnos para lanzar cacahuets a la criatura de la cabeza en forma de cono para incitarla a que discuta más, se escucha el sonido de una bolsa de plástico situada entre ellos.

Las largas colas de los duendes se mueven y sus rostros, una mezcla simiesca y arácnida, se retuercen reflexivos cuando me encuentro con su mirada plateada. No tienen pupilas ni iris y parpadean de forma vertical, como el telón del teatro.

Se susurran unos a otros cuando ahueco una mano sobre la nariz para sofocar el hedor a carne podrida que emana de la baba plateada de su piel.

—Alicia, habladora chispeante —dice uno con voz entrecortada cuando me acerco a una distancia en la que puedo escucharle—. ¿No estás perddida veces?

El dialecto es una extraña mezcla sin sentido. Quiere saber si estoy perdida esta vez.

—Alicia no, sstúpido —acalla el otro antes de que pueda responder—. Y solo los pensadores ssee perdden aquí. Los pensadores y los erreuerdos.

Continúo por el pasillo, demasiado absorta en mis problemas como para entablar conversación.

El conductor escarabajo garabatea algo en una tablilla con sujetapapeles mientras charla con los últimos tres pasajeros. Estos son redondos y esponjosos y tienen unos tallos peludos, que parecen más orejas que cuencas de ojos, en los cuales se encuentran unos ojos fijos. Mientras paso me miran con las pupilas dilatándose con cada rotación de orejas.

El más rápido estornuda en respuesta a una pregunta del conductor y de su pelaje emana una nube de polvo.

—Malditos conejos polvorientos —brama el escarabajo, saca una aspiradora de una funda de su muñeca y procede a aspirar el polvo de su piel alfombrada.

Me siento en una fila delantera desocupada y me encorvo junto a una ventana, esperando al conductor. Se suponía que iba a comprobar algo, recuerdos perdidos que necesito ver. Recuerdos que no son míos, voy a espiar los recuerdos perdidos de otra persona.

Mamá se sentía culpable por visitar los recuerdos perdidos de papá sin su consentimiento. Su sabiduría me hace ser cauta, pero la persona cuya mente voy a profanar no merece mi respeto. Es despiadada y vengativa, casi arrebatada mi cuerpo y se las ha arreglado para destrozarme la vida y la mayoría de los paisajes del País de las Maravillas.

Morfeo siempre dice que todo el mundo tiene una debilidad. Si estuviese aquí, me diría que encontraría la suya para que cuando volviese a enfrentarme a ella pudiera aplastarla.

Eso es lo que trato de hacer.

El sonido de la aspiradora del escarabajo alfombrado amortigua las discusiones, estornudos y silencios que me rodean. Me echo hacia atrás y admiro las arañas hechas de luciérnagas —de la mitad del tamaño de mi brazo— unidas por arneses y cadenas de latón.

Los insectos brillantes descienden y se mueven dando pinceladas de tonos amarillos a las paredes de terciopelo rojo sin salirse de la araña. Inclino la cabeza y echo un vistazo por la ventana. Las luciérnagas también iluminan la oscuridad dando vueltas por el techo del túnel como ruedas gigantes y brillantes.

Reprimo un bostezo. Estoy exhausta, pero demasiado nerviosa para cerrar los ojos. No puedo creer que esté aquí. Ayer estaba en la mesa del patio soleado del psiquiátrico engañando a mi padre para que se comiera una seta que lo encogería. Parece que ha pasado una eternidad, pero no tanto como el tiempo que ha pasado desde la última vez que abracé a mamá... discutí con Morfeo... y besé a Jeb. Echo de menos el aroma de mamá, el olor que desprendía después de trabajar en el jardín (a tierra removida y flores). Echo de menos la manera en que las marcas enjoyadas de los ojos de Morfeo se tiñen de un arcoíris de emociones cuando me reta y echo de menos la expresión sorprendida de Jeb cuando me pintaba.

Lo que antes me parecía insignificante, ahora se ha convertido en un tesoro inestimable.

Mi estómago ruge. Papá y yo no hemos desayunado y mi cuerpo me avisa de que es la hora del almuerzo. Meto la mano en el delantal atado por encima de la bata de hospital cubierta de barro duro y apelmazado y giro las setas que quedan entre mis dedos. Estoy tan hambrienta que me planteo comerme una, pero me detiene el recuerdo de la magia que nos ha hecho tan pequeños como para montar en mariposas y que nos hará grandes cuando hayamos terminado aquí.

Mi perfil se releja en la ventana: bata azul, delantal blanco y cabello rubio hecho trizas con un mechón carmesí a un lado.

El primer duende tenía razón. Soy el epítome de Alicia.

Una Alicia de pesadilla.

Una Alicia que se ha vuelto loca y está sedienta de sangre.

Cuando encuentre a la Reina Roja, me *suplicará* misericordia.

Resoplo por la estúpida rima y me pongo seria cuando el escarabajo apaga la aspiradora. Se endereza el sombrero negro de conductor y cojea sobre dos de sus seis patas espigadas. Los otros dos pares le sirven como brazos y portan un sujetapapeles.

—¿Y bien? —pregunto mirándole.

—He encontrado tres recuerdos de hace mucho tiempo, cuando era joven y soltera. Antes de que fuera —echa un vistazo a nuestro alrededor y baja la voz a un susurro— *reina*.

—Perfecto —respondo. Empiezo a levantarme, pero me siento de nuevo cuando me empuja el hombro con un brazo espinoso.

—Primero echas a perder la única forma de volver al País de las Maravillas, me conviertes en niño de conejos polvorientos y duendes apestosos y ahora quieres que arriesgue la vida al mostrarte... —Estudia a los pasajeros que hay detrás de mí con la mandíbula tensa temblando— *sus recuerdos privados*. —Se escucha un chasqueo al susurrar, como un crujido de dedos.

Rechino los dientes.

—¿Desde cuándo las criaturas de las profundidades respetan la privacidad de otros? Eso no está en vuestro código ético. De hecho, la mayoría de vosotros no saben lo que es la ética.

—Sé todo lo que necesito saber. Sé que ella no lo va a perdonar. —Evita su nombre, ni siquiera se atreve a pronunciarlo, y yo sigo su ejemplo.

—Nunca sabrá que me lo has enseñado.

El conductor le da la vuelta a las páginas del sujetapapeles y garabatea algo con el boli, entreteniéndose.

—Hay otro tema preocupante —dice más alto—. Los recuerdos son rechazados.

—¿Eso qué significa?

—Significa que no la obligaron a olvidar, que lo *eligió*. Se bebió una poción para olvidar.

—Mejor —digo—. Por alguna razón teme esos recuerdos. Eso me da ventaja.

El chasquido suena más fuerte cuando aprieta la mandíbula.

—Lo ideal sería que pudieras usarlos como arma. Los recuerdos rechazados están empañados con magia emocional volátil. Claman venganza contra el que se deshizo de ellos, pero tendrías que transportarlos conservándolos latentes en tu mente y como eres mestiza, no eres lo bastante fuerte.

Su condescendencia me irrita.

—Los mortales tienen su propia forma de mantener los recuerdos latentes. Los anotan para sobrellevarlos. Lo único que necesito es un diario.

Sujeta el boli a unos centímetros de mi nariz.

—Eso no va a funcionar con los recuerdos encantados, a menos que tu libro esté lleno de papel encantado para que los sujete. Desgraciadamente, nunca he oído de la existencia de tal diario mágico. ¿Y tú?

Lo miro en silencio.

—Eso pensaba. —El escarabajo me da golpecitos en la nariz con la punta del boli.

Lo aparto de un manotazo con un gruñido y lo introduzco en mi bolsillo, desafiándolo a recuperarlo.

—Niña tonta. Cuando los recuerdos rechazados anidan en una mente, se pueden convertir en un tipo de gusano musical que se reproduce una y otra vez hasta que alcanza un grado doloroso. En el mejor de los casos, pueden provocar que empatices con tu presa para que seas inútil contra ellos. En el peor de los casos, te volverán loca. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo?

Me froto las manos en las rodillas dobladas y meto el exceso de material de la bata de hospital bajo las caderas. No importa lo terrorífico que sea imaginar que los recuerdos hostiles de otra persona devoren mi mente, ya que encontrar la debilidad de Roja es la única manera de derrotarla.

—Ya lo he perdido todo y me he vuelto loca. —Sostengo su mirada bulbosa—. ¿Necesitas una demostración?

Los numerosos párpados de sus ojos pestañean. Se supone que los bichos no tienen ni párpados ni pestañas, pero este no es un bicho típico. Es un insecto del espejo o un *artículo defec-tuoso*, dependiendo de lo que elijas: la terminología de Carroll o la del escarabajo alfombrado.

El bosque turgal se lo tragó y lo devolvió a la puerta de CualquierOtroLugar. Entonces, lo expulsaron como un mutan-

te, que es exactamente lo que casi les pasó a Jeb y a Morfeo. Afortunadamente, el mundo del espejo los aceptó, aunque solo pensar que están allí, a merced de Roja, me aterroriza. Morfeo no podrá utilizar su magia debido a la cúpula de hierro y Jeb es un simple ser humano. ¿Qué probabilidad tienen de sobrevivir en una tierra de criaturas de las profundidades exiliadas y criminales?

Un grito silencioso de frustración arde en mis pulmones.

Bajo la voz para que solo me escuche el conductor:

—Solía coleccionar insectos y los colocaba en corchos que cubrían todas las paredes. He estado pensando en retomar mi afición. Tal vez quieras ser mi primera pieza.

El conductor hace una mueca o frunce el ceño, es difícil de decir con todos esos gestos faciales. Se vuelve hacia el pasillo.

—Por aquí, señora.

Ignoro las miradas que nos siguen cuando nos dirigimos hacia las habitaciones privadas. El escarabajo se detiene tres puertas más allá de la de papá, mira por encima del hombro para asegurarse de que no nos siguen y coloca una placa de latón en su sitio que reza: *Reina Roja*.

Mis alas hormiguean con ganas de liberarse. Una mezcla de magia y rabia hierve a fuego lento bajo mi piel. Preparada, esperando.

El conductor empieza a abrir la puerta, pero se detiene.

—Una vez asistí a una recepción al aire libre en su palacio —vuelve a susurrar—. Vi cómo le arrancaba la piel al amigo de ese Dor Milón... a esa especie de liebre.

Me encojo al recordar la primera vez que vi a la liebre en la fiesta del té hace un año, la forma en que su piel parecía girada del revés.

—¿Marcelo Libra? ¿Roja lo despellejó?

El escarabajo afirma con la cabeza de forma tan frenética que casi se le cae el sombrero.

—Lo pilló mordisqueando los pétalos de rosa. De acuerdo, las plantaron en honor a su difunto padre, pero aun así... Utilizó un azadón de jardinería para hacerlo, como si fuera un pelador de verduras... le desolló. La sangre cubrió a todos los invitados y echó a perder los mejores trajes blancos de todo el mundo y todas las margaritas. ¿Alguna vez has

escuchado el grito de un conejo? Nunca olvidas un sonido como ese.

Estudio el pestañeo de los párpados del bicho. Está echándose atrás. Lo entiendo, porque yo también he sido objeto de la violencia de Roja. Una vez utilizó mis venas como cuerdas de marioneta (la experiencia física más espantosa de mi vida). Incluso dejó una marca en mi corazón que todavía siento, una presión clara y nítida.

Últimamente es más que eso. Desde esa condenada noche en la que todo fue mal en la fiesta de graduación, cuando acepté mi locura, la presión de mi corazón ha evolucionado y se ha convertido en una punzada recurrente de dolor, como si algo en mi interior se estuviera desenredando lentamente.

No se lo he dicho a papá. Estaba ocupada practicando magia y preparando el plan. Mis seres queridos necesitan que gane esta batalla al igual que hice la primera vez, que sea más fuerte que Roja de una vez por todas.

No tengo el lujo de contar con una revisión médica y de todas formas no ayudaría. Sé que el dolor es por la magia. La magia de *Roja*. Me lo dice el instinto y lo voy a arreglar antes de acabar con su lamentable existencia para siempre.

Alargo la mano para coger la llave que el conductor sostiene con más determinación que antes.

La coloca bajo su sombrero y toquetea la placa tratando de sacarla de su lugar.

—He cambiado de idea —dice a través de las mandíbulas salientes—. Un bicho suele hacerlo, a veces.

—No. —Agarro su brazo espinoso. Sería muy fácil partirlo. La tentación oscurece mis pensamientos, me tienta a ser feroz, pero lo libero y coloco la palma en mi pecho en forma de promesa—. Juro por mi vida mágica que nunca le diré que me los has enseñado.

—Mejor que tomes asiento y esperes a tu padre —dice el conductor. Busca bajo la pelusa que le cubre el tórax, saca un paquete de cacahuetes y me lo pasa—. Debes tener hambre después del viaje. Come algo.

—No voy a moverme hasta que vea sus recuerdos, *bicho-alfombra*. —Dejo caer los cacahuetes a mis pies y presiono la espalda contra la puerta, bloqueando la placa.

El escarabajo emite un grito de enfado.

—No importa que mi cuerpo esté hecho de alfombras. Mi mente funciona igual que la tuya.

—Es obvio que no. Has olvidado lo que Morfeo te dijo. Soy de la realeza.

—Ah, pero Morfeo no está aquí, ¿no?

Me cuesta pensar en una respuesta, ya que el recuerdo de la *razón* por la que Morfeo no está aquí me hiela y deja mi lengua como un trozo de carne congelada e inútil.

—No eres más que una *molestia* real —se burla el conductor—. Eres consciente de que nos encontramos bajo un puente de hierro. La magia de las profundidades es limitada. Esa es la razón por la que guardamos los recuerdos perdidos en este lugar (para mantenerlos a salvo). Así que no puedes obligarme a hacer nada. Y no voy a ser aplastado bajo la bota de la Reina Roja por un trozo de carne mestiza, escuálida y sin poderes como tú.

Un rayo ardiente de orgullo me atraviesa y descongela mi lengua.

—Tal vez deberías preocuparte más por ser atrapado que por ser aplastado.

Apelo a las arañas de luciérnagas que hay arriba y las imagino como una medusa gigante de metal. Las cadenas vibran y los mosquetones se sueltan del techo. Los arneses saltan y liberan a las luciérnagas cautivas. Los brillantes insectos, encantados de ser libres, rebotan y giran por la habitación como un espectáculo de un planetarium sobre esteroides. Los demás pasajeros chillan y se esconden bajo sus asientos.

El conductor aúlla e intenta retroceder cuando las arañas nadan hacia nosotros por el aire; sus tentáculos de metal las impulsan en una demostración inquietante pero grácil. Me agacho y las cadenas capturan al bicho, golpean su sombrero y lo empujan contra la pared. Los pernos se clavan en ella y forman una red gigante de metal. Él está atrapado en su interior, a una altura suficiente para que sus patas queden colgando.

Las luciérnagas revolotean y emiten un suave resplandor.

Rebusco la llave en el sombrero caído del conductor junto con la bolsa de cacahuets con los dientes apretados.

—Hay una nueva reina en la ciudad. —Le lanzo una mirada—. Y *debido* a mi sangre mancillada por su tipología huma-

na, el hierro no afecta a mi magia. Así que Roja no se puede comparar conmigo. —Me dirijo hacia la puerta de la Reina Roja.

—Espere —suplica el escarabajo—. Perdone mi impertinencia, Su Majestad. Tiene razón, pero soy el conductor. Debo proteger las reservas de los recuerdos perdidos de los polizones. Bájeme, ¡se lo ruego!

Me doy la vuelta para enfrentarme a los otros. Estos me miran desde debajo de sus asientos, con los ojos como platos, las colas gachas y el pelo encrespado, estornudando y temblando de miedo.

El conductor gimotea cuando le lanzo la bolsa de cacahuetes, que se engancha en una de las cadenas cerca de sus brazos izquierdos.

—Está de descanso por el almuerzo —le digo a los pasajeros—. Aquel que deje su asiento por cualquier razón tendrá que enfrentarse conmigo. ¿Entendido?

Los polizones responden con un movimiento de cabeza colectivo y se vuelven a sentar en sus asientos de forma cauta. La satisfacción se extiende por mi interior.

Con una sonrisita, deslizo la llave por la cerradura y abro la puerta hacia el pasado de mi enemiga.